

## PETUNIA CATULLUS

Villaviciosa, 3 de diciembre de 2017

En un laboratorio de biotecnología, una muchacha comprueba unas plantas. Parecen estar en perfectas condiciones. Las ha recogido del depósito de reservas del banco de genoplasma. Allí se almacenan más de mil variedades de especies, pero ella sabe perfectamente dónde guardan las suyas, y siempre que va, ayuda a su compañero encargado de la cámara frigorífica a encontrarlas.

Tan solo lleva seis meses trabajando para la empresa, pero se siente muy cualificada, ya que, sumados al año que ha pasado de prácticas, posee todos los conocimientos para la elaboración de sus tareas. Fue una de las estudiantes más destacadas de su promoción. La Fundación Promiva le dio la oportunidad de cursar sus estudios en el centro de educación especial de Majadahonda. Y aunque fue complicado tener que desplazarse, logró terminarlo cuando ya contaba veintiún años. Y en el Colegio Virgen de Lourdes, coincidió con muchos de los amigos que ahora siguen sus pasos en la compañía. Se han convertido en sus colegas de profesión. Luego, en el centro de formación del mismo complejo donde ahora trabaja, se especializó en la micropropagación clonal. Aprendió a mejorar las capacidades de las plantas, a crear nuevas variedades y el arte fitosanitario de prevenir y curar enfermedades.

Con mucho cuidado, con pinzas y tijeras, recorta varios tallos de la planta, unos para su examen en el microscopio y otros para su análisis de ADN. Hay que tratarlos con mimo y en un ambiente lo más esterilizado posible. Por eso, ella viste su uniforme blanco impoluto, junto con sus guantes, su mascarilla y el gorro que impide que ningún cabello quede expuesto a caer en la sala. Una vez preparadas y etiquetadas las muestras, una la coloca sobre un cristal y la tapa con esmero y precisión. La otra la introduce en un tubo al que añade por medio de una probeta un líquido tratado para su perfecta conservación.

Esas muestras las expondrá en una incubadora, alternando luz y oscuridad, para su maduración en unos casos o para su secado en otros.

Ella se dedica al cultivo in vitro de plantas ornamentales. Las condiciones en las que debe trabajar son totalmente asépticas. Bajo el mando de su jefa, Silvia Valladares, está sumergida en estos momentos en la recombinación de las moléculas de ADN de dos flores. Intenta modificar genéticamente dos especies distintas mezclando sus secuencias, eligiendo las que encierran sus mejores propiedades para crear una nueva especie. Separan los segmentos y hacen madurar una nueva semilla embriogenética, con características mejoradas. Su objetivo en estos momentos es recoger las proteínas genéticas de la petunia y el geranio y escoger sus cualidades más sobresalientes. Elige de la petunia su tacto vellosos y su propiedad bicolor. También tiene en cuenta el modelo que atrae la polinización por parte del colibrí; le encanta ese diminuto pájaro. Y del geranio selecciona su gran resistencia, sus vivos colores y su aroma.

Hoy es un día especial. Debe darse prisa ya que ha quedado con todos sus compañeros en el cambio de turno. Es la segunda vez que asiste a la reunión anual, a la que acuden todos los trabajadores que se encuentran en sus mismas condiciones. Son más de cien, y suponen el noventa por ciento de la plantilla, todo un logro y un honor para ellos. Con sus más de nueve hectáreas, es la empresa con más demanda de flores decorativas, llegando a exportar a jardines y parques de países como Japón, Australia o Estados Unidos. Incluso la Casa Real se encuentra entre uno de sus más agradecidos clientes.

Ya ha terminado su labor. Ahora se apresura a llevar las plantas a su compañero del banco de genoplasma. Se quita el uniforme y se encamina hacia la cámara frigorífica. Allí le espera su amigo. El atuendo de éste varía del suyo en color. Es verdoso, y sus manos están protegidas por guantes negros más gruesos que los que usa ella, para

aislarle del frío. Una vez entregadas las plantas, él le pide que le espere para ir juntos a la ceremonia.

Todos han quedado en el vivero. En aquel gran criadero de plantas, rodeados de todo el personal de la empresa, comienza la celebración. Hoy es el día mundial del discapacitado intelectual, aunque a ella le gusta que la consideren simplemente menos lista. Será el primer año que pasarán sin la presencia de su fundador, José Alberto Torres, fallecido hace tan solo un par de meses. En La Veguilla, a los pies del Cerro de San Babilés, han logrado la integración laboral de más de cien personas discapacitadas. Todas ellas con plenas aptitudes, todas ellas capaces de producir más de cinco millones de plantas ornamentales al año.

En aquel vivero, rodeada de macetas, todas ellas marcadas con etiquetas amarillas y azules, la muchacha sueña con sus futuras petunias anaranjadas con finas vetas color carmesí, visitadas de cerca por danzarines colibríes esparciendo su esencia, jugueteando despreocupados por sus vivos tonos. Con mucho trabajo y esfuerzo, la primavera que viene una nueva variedad de flor crecerá en ese vivero, y ella tendrá el orgullo y el privilegio de bautizarla con un nombre nuevo, con su propio nombre, Petunia Catullus, Petunia Carmen.